

Cordelia

Volumen 11

Setiembre de 1913

Número 13

Publicación mensual
dedicada a la mujer costarricense.

Director,
José Fabián Garnier



MARIA F. DE TINOCO

(Apaitán)

CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

SUMARIO del número 13

María Fernández de Tinoco.....	La Dirección
Como conoció Yontá el amor.....	María de Tinoco
Mujeres Ideales: <i>Sakuntala</i>	Angelina Bogantes
Que bueno que papá se haya ido.....	María Teresa Obregón
Heroes de la miseria.....	Julia de Alcazar
Mañana.....	Ana Rosa Chacón
El amigo del tío Antolino.....	Carmen Lira

María Fernández de Tinoco

En estos tiempos en que la literatura se ha hecho femeninamente femenina, en que los escritores de nervio han dejado pasar delante de ellos, a otros que mas que hombres, cuando redactan algo, parecen mujeres por las lágrimas fáciles y la musicalidad extenuante de que están saturados sus artículos, causa admiración una señora quien, con un volumen que de seguro no es el primero que ha ideado, se presenta con una fuerza, una energía, una fiereza dignas de un escritor ya hecho.

En una prosa que mas que de leche y miel parece hecha de duro mármol apenas herido por el cincel modelador; con un estilo que se mueve con ese ondular gracioso de las banderas y sin esa gravedad perezosa de las gruesas cortinas que cierran las puertas de habitaciones señoriales, *Apaikán* nos relata una historia indígena, llena de cosas delicadas, de hermosos sentimientos y de nobles rebeldías.

En este libro *Apaikán* nos recuerda aquella frase que Ricardo Wagner dejó escrita en una de sus

obras; para el viejo cantor de las aventuras de los Nibelungos, en la grande vulgaridad moderna, son las mujeres quienes no dejan que sus almas se hagan áridas; quienes saben recibir, mas que los hombres, de toda cosa espiritual una impresión mas sincera y mas evidente.

Apaikán no pertenece a esa serie de mujeres que se creen literatas, que emborronan cuartillas y mas cuartillas sin sentir lo que escriben y sin escribir lo que sienten, las cuales de la feminilidad no conservan, en sus obras, sino la murmuración, la vanidad y la mentira; en *Apaikán* no se siente el perfume penetrante de los polvos de arroz, ni se adivinan los matices acentuados de una fisonomía desfigurada por los afeites; la dulce autora de *Zulai* es una mujer que merece ser leída, es una alma femenina que escribe porque siente la necesidad de tender la mano a los desgraciados quienes ansían hacer bastantes confianzas al leer un libro donde encuentran mucho del alma propia. *Apaikán* ha escrito uno de esos volúmenes, un volumen humilde,

delineado apenas, pero que despierta en quien recorre sus páginas una impresión de intimidad, de afecto, de bondadosa frescura. Ha sabido concebir una leyenda delicada en la cual, de pie sobre el pedestal de oro del porvenir, parece un profeta que contempla las tempestades que desata el anuncio de lo que llegará a ser, tarde o temprano.

Zulai es una joven ingenua de figura pequeña pero de esbeltas formas, de ojos negros y luminosos que lograron hechizar al cacique de la tribu, Kaurki, cuyos ojos amarillentos, cuyos pómulos pronunciados y cuya cabeza achatada la causan horror.

Su madre, Mamita Guaré, como la llamaban todos afectuosamente, es una mujer fuerte aún, constante, trabajadora y abnegada en el cumplimiento de su deber; el cacique para doblegar a la joven hace prisionera a la anciana y la dulce Zulai, al ver que la adorada madrecita suya no vuelve, se dispone a ir a buscarla. De camino encuentra a un amigo de infancia, Ivdo, el muchacho aventurero que sin despedirse había desaparecido de la tribu hacía tanto tiempo; en una escena de sabor verdaderamente idílico se hacen mutuas declaraciones de amor, se ofrecen recíprocamente sus vidas y se juran fidelidad y ternura.

Sigue sola con paso lento, soñando cosas muy bellas cuando la despierta de sus ilusiones una escena aterradoras: su madre esta tirada sobre la piedra de sacrificios, fría, casi muerta: la han transformado en *bucurá*, es decir, la ha castigado con un maleficio la mano poderosa y vengativa del cacique. Mamita Guaré despertará de su sueño hipnótico cuando Zulai ame

a Kaurki o cuando, sin amarlo, acepte sus intenciones y quiera llegar a ser su cuarta esposa.

El Ivdo, su amado, le aconseja hacerlo así pero sin perder ninguna esperanza, el llegará el mismo día de la boda antes de que el sol se oculte. Zulai le obedece, implora la compasión del odiado cacique transformándose al parecer, en mansa paloma la caprichosa cervatilla, promete ser la esposa de Kaurki el cual en pago despierta a Mamita Guaré del letargo en que se encontraba.

El mismo día de la boda, antes de que el sol se oculte, el cacique, en la selva adonde había ido en busca de tigres y de dantas, cae víctima de una mordedura de serpiente. Zulai, ante el cuerpo exánime del odiado Kaurki, reflexiona, no sabe si verdaderamente fue una bocaracá la que envenenó a su esposo o si ese envenenamiento es efecto del curare que Ivdo le prometió recoger en las selvas para emponzoñar las entrañas de aquel monstruo.

Llega Ivdo y con Ivdo Zulai desea escapar pero en el momento mismo en que el anciano amigo Yuráu provoca una grito para que los dos huyan, el sucesor de Kaurki, Irzuma, enamorado también de Zulai hace morir al atrevido joven y lleva a la desventurada doncella hacia el lugar endonde, junto con el cadáver del cacique, se harán arder las esposas suyas: Quetzalia, Guaraina, Huatla, Yamí y, última de todas, Zulai. A esta quiere librarla el enamorado Irzuma pero ella, altiva e imponente le grita, después de haber depositado una piadosa ofrenda en el lugar endonde fue enterrado su amor: «Rehuso la vida que me concedes, falso y cruel cacique, y te desprecio!»

El pueblo, gritando al sacrilegio, la amenaza furioso, la hiere haciéndola caer aturdida, de espaldas en la hoguera que, avara, la envuelve en sus ardientes espirales.

El relato de Zulai termina con un epílogo endonde la gentil autora presenta algunas conclusiones alegóricas. En Zulai hay girones de historia precolombina, de historia contemporánea y talvez de historia futura del continente americano.

Mamita Guaré es el símbolo de la raza maya, que llegó de la soñada Atlántida en épocas lejanas; de esa raza maya descende el alma indígena de la tribu que habitó el territorio de Costa Rica representada elegantemente en la figura hermosa de *Zulai*. *Ivdo* es la personificación de aquella raza descendiente de la India que vivió siglos en la tierra centroamericana, que emigró hacia el Sur de donde volvió saturada de conocimientos adquiridos a fuerza de experiencia y de lucha. *Kaurki* simboliza la cruel raza del Norte que intenta sumir en un letargo a la valiente raza maya, letargo que significa soborno, invasión. Ante ese intento Zulai se alza soberbia, obedeciendo a los consejos de *Ivdo* y de *Yurán*, el fiel sacerdote de origen egipcio, en el cual es preciso ver la representación de la raza que vivió en México.

Los bajos propósitos de una gente ambiciosa que bajo el oro de sus plumas oculta las garras de rapiña los estamos viendo manifestarse a cada instante, en cada momento doloroso para las cinco esposas de Kaurki: *Quetzalia* (Guatemala), *Huatla* (Honduras), *Guaraina* (Salvador), *Yami* (Nicaragua), y *Zulai* (Costa Rica) y para otras tantas repúblicas sobre las cuales el

ojo avizor del águila se ha fijado con insistencia.

Ante eso que parece el destino de las naciones centroamericanas, Costa Rica se alza soberbia, no acepta la mano hipócrita que para doblegarla recurre a medios indignos. La raza costarricense, como Zulai, rechaza con energía cualquier avance que el expansionismo de las razas del Norte crea necesario hacer. Ella no quiere escuchar jamás, pronunciada por los labios de sus valientes hijos la frase terrible: La Patria ha muerto! No, la Patria no muere, no puede morir; mientras por el mundo haya gente que se enorgullezca al sentirse llamada costarricense, mientras haya quien sienta palpar con fuerza el corazón al escuchar el dulce nombre de Costa Rica, la Patria no ha muerto.

El egoísmo, la ignorancia o la ambición no harán de Costa Rica una de las mancebas de Kaurki ni tampoco de cualquier sucesor suyo; ante toda insinuación sabrá erigirse, defender su propia integridad, y si debe morir lo hará consumida por los espirales ardientes con que las llamas de la latinidad la envolverán. No cederá nunca; recurriendo a los hermosos ejemplos que la raza latina le ha dado en todas las épocas y en todas las naciones, sabrá libertarse de las garras del rubio opresor muriendo por sus propias manos, frente al enemigo quien como Irzuma la mirará consumirse, avergonzado, vencido.

Ese es el destino hermoso que la valiente *Apaiján* augura para nuestra pequeña Zulai. A nosotros los hijos de la dulce india de figura pequeña pero de esbeltas formas y de ojos negros y luminosos, nos

toca hacerlo efectivo, nos corresponde librarla, como lo hicieron Ivdó y Yurán, de las manos del

extranjero ávido de conquistas fáciles.

LA DIRECCIÓN

Como conoció Yontá el amor

Transcurrieron así los años... Yontá, de chiquilla se transformó en hermosa mujer sin que su existencia en nada hubiese cambiado.

Vagaba solitaria por playas, montes y ríos, sin ningún compañero, como la mayor parte de las indias del rancharío que, orgullosas de sus conquistas, se dejaban cortejar de los mozos apuestos que luego las tomaban por esposas; por eso Jarib vivía contenta al verla sin pesares, cuidados y amoríos. Pero así como al delicado capullo le es preciso el rayo del sol para esparcir su aroma, una sencilla observación de la naturaleza hizo brotar en Yontá, vigoroso el tierno sentimiento del amor.

Era la época de la cosecha, y según la costumbre de aquel pueblo, todos se prestaban auxilio para recolectar el grano, repasando alegremente los campos en constante labor. Llegó su turno a la milpa de Jarib y a ella se dirigió una mañana Yontá con un grupo de compañeras para dar comienzo al trabajo. Pero muy pronto se fastidió de someterse por largo rato a disciplina alguna, tiró su rústico cesto, lleno de mazorcas, y sin preocuparse del deber que dejaba de cumplir escapó entre el dorado maíz que crujía a su paso, siguiendo decidida hasta llegar al límite del sembrado, que colindaba con el bosque, endonde descansó bajo su fresca sombra.

Meditando estaba sobre un nuevo plan de paseo, cuando llamó su atención una nube de tórtolas que revoloteaban atraídas por el apetitoso grano, y acertaron a llegar muy cerca de su escondite: las contempló encantada y pronto los nerviosos movimientos de las avecillas, su lindo plumaje y suave gorjeo, despertaron en la entusiasta Yontá el ansia vehemente de posesionarse de unas cuantas, para lo cual puso en práctica con presteza las lecciones que le diera Tauma, sobre principios rudimentarios de construcción. Fabricó con habilidad una rústica trampa, la colocó luego, y aguardó impaciente que se cerrara dando un seco golpe. Emocionada atrapó una a una, tres moradas y lindas tortolillas y las fué metiendo en su seno, oculto apenas por una corta camisa de burda tela. Volvió con ellas al campo loca de alegría, donde horas atrás dejara a sus compañeras, y sin pensar en regañones, ni quejas, sólo ilusionada por su triunfo, y de allí pasó en seguida al rancho en busca de albergue para sus aves; cuando la abuela quiso reñirla, ella le enseñó sus prisioneras, bien aseguradas ya, haciéndole notar que dos de ellas, juntas y alegres, parecían no extrañar el cambio, mientras la otra, metida en su escondrijo, gorjeaba triste un doloroso canto. La aflicción de esta abandonada avecilla se comunicó aquella noche a la lo-

cuela de Yontá, que se acostó preocupada, pareciendo escuchar en sueños acentos apesarados de la solitaria prisionera; a tal extremo, que se levantó mas de madrugada que otros días con la intención de darle libertad, para que fuera en busca de su compañero, que de seguro lo tendría, pues siempre volaban en parejas. Cuando fue a cumplir este noble impulso de caridad, un hondo pesar, el primero talvez de su vida, atribuló su alma... Entumida yacía la infeliz tortolilla en un oscuro rincón, mientras la otra pareja llena de vida se acariciaba dichosa!

Con el ave muerta en su seno, queriéndole dar calor con su vida,

halló el sol aquella mañana a Yontá, arrasada en lágrimas. Jamás había imaginado lo dulce de una caricia, ni el sufrimiento de la ausencia o la soledad, así fue que esta dura prueba despertó los sentimientos de afección y cariño que dormían aún en su joven ser. Dió libertad a las tórtolas, que huyeron dichosas, pero dejando un vacío en su alma de niña. Suspiró por desconocido compañero, y desde ese momento le esperó con ansia, deseando su presencia antes de que el frío de la noche marchitara su vida.

MARÍA FERNÁNDEZ DE TINOCO

Mujeres ideales

Sakuntala

Parece que los indios tuvieran gracia especial de la Naturaleza para tejer guirnaldas y ofrecerlas graciosamente al ídolo de su teatro: la mujer. Por eso sus obras me son adorables, no por el enaltecimiento de nuestro amor propio, sino porque en medio de la filosofía de sus pensamientos se ve el espíritu justiciero de sus apreciaciones, como para enseñar a ciertos autores que siempre pintan a la mujer como una bestia, que aquella en cuyos regazos se forma y desarrolla el corazón de la sociedad, merece mas consideración y mas benevolencia.

Refrescando mi mente en esas lecturas, siento escaparse mi pensamiento, que a manera de abejilla

laboriosa vuela entre las flores de los lotos para volver luego cargada con la miel de sus ricos nectáreos, el perfume de sus corolas y los suaves murmullos de aquel armonioso ambiente.

Allá en esa región predilecta de los Anacoretas, de aquellos solitarios que buscan su dicha en la soledad de los floridos bosques, crecía una flor que parecía puesta por la divinidad misma, para adornar, perfumar y alegrar aquellas selvas; esa flor era Sakuntala. Creció entre los montes, fraternizando con las flores y con las gacelas, allí era feliz sin que nada turbara la paz de su corazón.

Llegó por fin la hora suprema que entraña la suma desventura o el

colmo de la dicha, el amor tocó las fibras de aquel corazón y los dulces y tranquilos sueños de chiquilla, se convirtieron en adorables insomnios de los cuales vaga la imaginación por un futuro lleno de arcos de triunfo en los que solo se lee la palabra felicidad.

El Rey Dushyanta extraviado en una cacería llega al sagrado recinto de los solitarios; Sakuntala se enamora de él y este por su parte tampoco queda dueño de sí. El himeneo se llevó a cabo sin mas testigos que las gacelas y los gamos, los lotos y las encinas; un anillo puesto en el dedo de la reinécita era la prueba de su alianza. El rey vuelve a su palacio para enviar luego una comitiva por su bella esposa. El Kanoa, padre adoptivo de Sakuntala, al saber la nueva bendice el feliz enlace y como Dushyanta no envía a los suyos, todo se prepara para que la esposa vaya en busca de su marido. «Al separarse de la sagrada selva, Sakuntala va de planta en planta designándolas por sus nombres y agradeciéndoles los perfumes y la sombra que le han prestado.» Al partir quien era la alegría de aquel retiro, todo se entristece, no dejando tras sí mas que lágrimas y profunda melancolía que confusamente gime entre el follaje de los bosques. «Escucha! escucha! murmura dolorida una doncella: Mira como gime el bosque al ver cercana la ausencia. Las gacelas de la boca dejan que caiga la hierba, suspende el pavón sus danzas y las lianas en la tierra lloran hojas amarillas sin perfume ni belleza».

La jornada toca a su fin; tenemos ya a la reinécita de los bosques en el regio palacio reclamando su derecho a ser la reina de un pueblo, a ser la augusta compañera de Dush-

yanta. El rey había olvidado sus amores con Sakuntala. El olvido como densa nube había eclipsado la estrella de amor, al calor de cuyos rayos se habían fundido aquellos corazones.

Inútil tratar de hacer revivir los recuerdos perdidos en la memoria del soberano. Ella con la voz ahogada por los sollozos le dice: «Acuérdate del día que bajo el bosque de jazmines dobles, recogiste en tu mano el agua que contenía la copa de un loto. En aquel momento se acercó mi pavito real. Tu lo invitaste con blandura a tomar agua diciéndome jovialmente, "que beba primero." Pero él, como no te conocía, no se atrevió a beber en tu mano. Entonces yo tomé el agua y en mi mano la bebí. Al ver esto exclamaste riendo: "luego es verdad que no se fía mas que de sus semejantes; tu y el sois habitantes de las selvas." Todo esto dicho con toda la blandura y amor de aquella alma pura, no fue suficiente para correr el velo; Dushyanta permanece insensible, el calor de las lágrimas de su bella esposa no aleja la niebla que cubre aquel pasado. Una maldición pesaba sobre ella, sólo conjurable con el anillo que debía portar en su dedo; pero, oh desdichal también éste se había perdido. Entonces vuelve majestuosa la espalda a aquel que así había burlado sus ilusiones y apesar del amor que sentía, sale con aire de desprecio del recinto que fue para ella un patíbulo en que cruelmente, de un solo golpe, se troncharon sus mas bellas esperanzas. Es aquí endonde la figura de nuestra heroína resplandece; ama con toda su alma y sin embargo con la majestad de una reina y con dignidad que hace honor a nuestro sexo, se reti-

ra para internarse de nuevo en los bosques. Triste experiencia ha tenido; ahora conoce la falsía del mundo, y el ambiente de hipocresía que en la sociedad se respira. Por eso vuelve, para vivir la vida tranquila, lejos de esos males que ensucian el alma y envilecen el corazón.

Allá pasaba en los lugares que desde su infancia le dieron asilo, como antes, cuidando sus plantas y sus flores, con su corazón en paz en aquel oasis de ventura como una Eva en el paraíso terrenal.

Por rara coincidencia el anillo perdido fue presentado al rey por un pescador; entonces cayó la nube; la estrella de amor que tras ella se escondía, no había dejado de brillar y el enamorado lleno de triste-

za recorrió los bosques en busca de la amada para reparar su falta. Encontróse en la soledad de aquel bosque a un niño que conducía de las crines a un leoncillo y con el halló a su felicidad, pues reconoció en aquel valiente niño a su hijo. Atraída por los gritos de alegría, presentóse la bella Sakuntala; el esposo arrepentido pidió perdón y la pareja reconciliada y bendecida por los Dioses dejó las selvas para ir a esconder su dicha, en el palacio del Magnate. Sakuntala aquel día, llegó al colmo de la felicidad; pero las gacelas y los pavos, las lianas y las encinas se quedaron llorando.

ANGELINA BOGANTES S.

Que bueno que papá se haya ido!

«Los sitios en que se deslizaron nuestros primeros años no se deben volver a ver; así conservamos engrandecidos los recuerdos de cosas que en la realidad son insignificantes.»

Azorín

Es engrandecido como conservo el recuerdo de un hecho que en la realidad fue insignificante? Tal vez, pero yo no quiero creerlo. Es un recuerdo de mis seis años. Puede ser que mi imaginación haya trabajado desde entonces lenta y laboriosamente, para transformar una impresión que recibí en aquella edad. Tienen los chiquillos un modo de ver las cosas, de sentir las, de pensar en ellas . . . !

Cierro los ojos, los oídos, el corazón, a todo lo que no sea el ambiente ni la estructura de mi vida infantil,

para dejar que ella se manifieste con libertad.

Era una casa grandísima, de amplios departamentos, de largos corredores . . . ! como me parece ver ahora la vasta sala que daba a la calle con su hermoso piano de cola, bajo el cual, por las tardes, nos sentábamos a jugar ruidosamente mientras manos queridas hacían brotar para nosotros las músicas mejores y mas alegres! Y como siento la ternura con que esas mismas manos nos recogían al anochecer, ya medio dormidos, para conducirnos a las pequeñas camas que en el cuarto vecino nos esperaban llenas de suavidad y de calor!

Mis ojos ven en este instante el inmenso patio terminado por la ace-

quia que pasaba recogiendo sombra bajo uno de los mangos mas frondosos que he conocido; ese patio que conserva dormidos los ecos de mis risas de chiquilla, de mis llantos y las huellas de mis juegos . . .

Era yo la mayor y seguían tres hermanitos, dos de los cuales eran compañeros inseparables de mis juegos: el chiquillo no podía serlo todavía. Alguna vez se nos mandó al fondo del patio, allá lejos, a la orilla de la acequia con la recomendación de no gritar. Por que? Papá estaba enfermo! Estaría muy enfermo el, tan alegre siempre, tan risueño como era, pues que no recuerdo haberlo visto enojado? . . . El, que ansiosamente nos buscaba al regreso de la oficina y que sobre sus hombros me paseaba por la acera riéndose de que me sintiera yo feliz de poder tocar las tejas de la tapia y arrancar las florecillas que en ella crecían? Que extraño! nunca lo había visto en cama, ni nunca con aquel gesto, ni hablando, ni moviéndose tanto.

Se nos llevó a dormir a otro cuarto, a otro muy pequeño, muy retirado de los demás y allí fue donde una mañana entró a despertarnos nuestra madre. Quería reirse, pero lloraba; nos abrazó, nos besó y después de vestarnos apresuradamente, nos dijo: «vamos a ver a papá, ya está bueno.»

En el centro de la gran sala, cerca del piano de cola, había una cosa negra que no conocíamos. Se nos subió a una silla y allí muy pálido, muy serio . . . papá. Por que no se

ríe, ni nos habla, ni abre los ojos? Tan frío! Por que?

Nadie nos lo dijo y a nosotros nos hizo mucha gracia y reimos mucho, mucho; y desde entonces no volvimos a ver al querido papá: supimos después que unos amigos se lo llevaron. Sería esa una de las tantas bromas que el nos daba?

Luego llegó mucha gente, todos nos acariciaban, nos daban cinco y juguetes, nos llevaban confites. Que lindo era todo aquello! Por que se nos quería tanto?

Fueron días muy alegres para nosotros, en que jugábamos mas, corríamos con mayor ligereza y nos lo perdonaban todo. Y yo allá en el fondo de mi corazón de seis años, sintiéndome inundada de alegría pensaba pero, por que lo pensaba para mi sola y por que no quería que nadie adivinara mi pensamiento?: Que bueno que papá se haya ido!

Ya en otras horas conforme veía deslizarse los días entre congojas y lágrimas, cuando miraba a mi madre trabajar sin descanso, y a mis compañeritas llegar a la escuela acompañadas de sus papás, lloré mucho al mío, a solas, con una intensidad increíble en una chiquilla, con un dolor que me abría el pecho y que se hacía insoportable cuando iba acompañado de este recuerdo: que bueno que se haya ido papá!

MARÍA T. OBREGÓN

La dulce filosofía con que esta joven escritora costarricense satura la página hermosa que publicamos hace esperar mucho de su pluma delicada.

A la persona que bajo el seudónimo Esmeralda Rubí envió a la dirección de CORDELIA una bella poesía, se le suplica revelar su nombre pues esta Revista no publica trabajos firmados con seudónimo.

Héroes de la Misericordia

Con paso entrecortado cruzó la calle y se acercó a mi casa. Permaneció en silencio largo rato, como si en su cerebro hubiese una batalla terrible de ideas. Miraba a todos lados; miraba el cielo cada vez mas oscuro y parecía desafiar en medio de tanto frío y de tanta lluvia, la oscuridad inmensa de la noche. Por fin, con aire decidido subió las gradas y llamó a mi puerta: «Una limosna por amor de Dios».

Estrechó la moneda entre sus manos, y corrió por la calle, desdeseñado el pelo.

—Esa mujer, dije a mi criada, es un misterio. —Esa mujer, me dijo ella, es una bruja.

—Una bruja?—«Si, señora. No se por que le ha dado Ud. limosna. Todas las noches anda por las calles de la ciudad, de casa en casa, con el rostro descompuesto y un no se que de malvado. Las madres temerosas acuestan a sus hijitos y en las esquinas los muchachos le hacen mofa y la insultan para que ponga en práctica, dicen ellos, sus procedimientos de bruja. Así anda por todo el pueblo sin recoger casi nunca la limosna que solicita. Su casa es un ranchito de pobre paja y cuentan que de noche salen de allí, quejidos y tristes llantos. La llaman «la hechicera.»

El relato de mi criada aumentó la curiosidad que en mi había despertado ya la misteriosa mujer, y la impresión que me dejara en el alma, me hizo ver luego entre sueños a «la hechicera» cometiendo como bruja, acciones cuyo recuerdo me llena de terror.

Pasó el tiempo y una mañana, como de costumbre, me dispuse a leer «La Información». Cosa rara: con lo primero que tropezó mi vista fue con una «Nota de la ciudad». Leamos, pues, «En los suburbios de la población, en el lugar llamado «Los Tanques,» fué encontrada muerta de hambre, dentro de un pobre rancho de paja, una humilde mujer de rostro demacrado. Al lado del cadáver se revolvió entre inmundos trapos una pobre niña de tres años que lloraba débilmente».

Bajé el periódico y entró mi criada diciendo: murió la bruja.

Humanidad mezquina! exclamé. Eso das tu para una madre: burlas, risas, insultos! Y la que se quejaba de noche dentro de su casa y lloraba de dolor al no poder ofrecer que comer a su hijita, era una bruja! Y la que besaba con ardor santo los labios de su hijita, y estrechándola entre sus brazos le ofrecía el mezquino calor de su débil cuerpo, no recibía de vosotros una moneda ni una migaja de pan para alimentar su cuerpo!

Humanidad, humanidad, doblad la frente ante una madre! Ella que guarda al hijo en sus entrañas y lo duerme después en una cuna, entre arrullos que son mil veces santos, deja escapar el último aliento de su vida, con su hijo entre los brazos para darle el calor que le hace falta.

El hijo es parte de su alma. Por eso lo acaricia. Cuando está enfermo, se desvela al lado de su cama; cuando está bueno, se desvela en busca de su felicidad. Lloro entristecida sus mínimos tropiezos, y lloro de alegría sus triunfos en la vida.

Los triunfos de un buen hijo, son triunfos de la madre.

Para ofrecer cariño, el número no importa. Puede tener veinte hijos, y todos encontrarán un regazo cariñoso, un corazón perfumado, un alma bondadosa, unos brazos abiertos.

Se me antoja que una madre da a sus hijos una parte de su espíritu. Siempre tiene para el primero mas rigor, lo cuida con mucho escrúpulo. Es que está la madre en todo su vigor, con toda su energía. A medida que crece el número de hijos, parece que ablandara un poco sus modales, y entonces no hay rigor sino sólo ternura. Es que ha puesto un pedazo de alma en cada hijo, ha dado su espíritu y sólo tiene ternura para todos. Se ha transformado en la reina de un jardín de sonrientes almas.

Quien dará esa ternura a la pobre huerfanita? Quien enjugará sus lágrimas cuando lllore? A quien contará ella los dolores de su vida?

Ah! no. Para esa pobre almita, no habrá un corazón amigo.

Será su vida un árido desierto sin oasis que refresque; una selva oscura y sin veneros.

Será su vida un camino sembrado de espinas, y esas espinas, ay! tendrá la pobre huerfanita, que esmaltarlas con la sangre de sus plantas!

Ella también oirá como su madre los insultos de los hombres, ella también oirá las voces que la induzcan a caer en el arroyo, y todo, por que no tiene madre!

JULIA DE ALCÁZAR

Apreciable e inteligente maestra herediana.

Mañana...

*Con todo mi cariño
dedico estas líneas
a un distinguido amigo.*

Quando volvían de la casa de Amalia traían la desolación y la tristeza dibujadas en el semblante. La enferma continuaba grave y todas las esperanzas estaban perdidas. La estación era rigurosa, la enfermedad latente desde hacía mucho tiempo, encontró facilidades para desarrollarse, despiadada, con la crudeza del tiempo.

En la primavera era de envidiarse aquella casita monísima rodeada de corredores y enmedio de jardines. Acurrucada al pie de una coli-

na, pintada de un color gris claro, parecía una perla extraviada en un océano de verdura. Separábala de la calle un recto y enarenado callejón bordeado de naranjos y de rosales. En el aparecían todas las tardes, una joven señora de semblante expresivo y dulce, y una pequeña de cuatro a cinco años, que como mariposilla fugaz saltaba por todas las flores del jardín; ávida de encontrar el dulce néctar; ávida de encontrar motivo para un nuevo juguete en cada piedrecilla que hallaba en sus graciosos saltos y volteretas. A veces venía saltando la cuerda, ya tiraba de un carrito, o con ceremonia y seriedad llevaba

en sus brazos una linda muñeca de porcelana.

De pronto, distinguía a lo lejos, en la calle, la silueta de un hombre. Dejaba entonces todo juguete y vuelta un torbellino corría a su encuentro. Era su padre que volvía del trabajo y ya le tendía los brazos para recibirla.

Allí era el término de la carrera, alzada y victoriosa volvía a juntarse con la madre.

Poco rato después el angelillo travieso e inquieto, dormía con inocente confianza en la cama pequeña y blanca, al lado de la de sus padres.

Ellos, después de la comida, casi anocheciendo, contemplaban desde el corredor de su casa, nido de amores y de ensueños, los últimos celajes de púrpura y de oro, que cual lujoso sudario cubrían el horizonte endonde había desaparecido el sol. Otras veces, muy juntos paseaban por las caprichosas calles del jardín y desde ellas sorprendían la luna, que como ninfa vanidosa y coquetona, se desnudaba de sus ropajes de nubes oscuras, para desliz su apenas tibio cuerpo por las infinitas aguas del firmamento.

Que delicia de matrimonio...!
Que inefable dicha es poder conservar la alta virtud del amor a través de los años, y vivir siempre con las ilusiones y el encanto de los primeros días...!

Ahora... todo está paralizado. La espera por las tardes en la puerta del jardín, los paseos en sus enarenados callejones, los bullicios de la chiquilla. Todo ahora es silencioso, Amalia está grave. Ella lo ha comprendido y tranquila espera la hora inevitable y suprema. Piensa en la

amarga separación de su esposo y de su hija, fruto de sus amores y objeto de sus ternuras, pero una luminosa oleada de resignación y de esperanza, penetra en su alma sensible y pura...

Una tarde entró Llarí, la pequeña, al cuarto de la enferma, y con su manera de hablar, esta vez mas dificultada por el llanto, mostró a la mamacita, casi agonizante, los fragmentos de su adorada muñeca de cabellera rubia. La enferma aún tuvo ánimo para consolar a su hijita: «No llores linda, tu papacito te dará otra mañana.» Y Llarí arrullada por el dulce consuelo que en toda ocasión brota de los labios de una madre, salió o mas bien se la llevaron del aposento, repitiendo: mañana... mañana...

Amaneció. Todo era confusión en la casa. La alegría había huído. La naturaleza misma se asociaba con aquellos que sufrían, y el sol, esa fuente de vida y de salud, empeñábase en ocultar su rostro luminoso en densos mantos grises. Un sollozo lastimero salía de la casa, que antes fuera la mansión endonde el amor reinaba con todos los encantos de la poesía y del arte! El alma del hogar se había ausentado! Amalia había muerto!

Llarí aún dormía, su padre no quería detenerse a pensar siquiera en que al despertar su angel risueño, fuera para encontrarse sin madre, y acercándose a su camita, pues creyó oír su vocecilla cristalina, la oyó que dormida sollozaba diciendo: mañana, mañana...

Su voz cristalina y entrecortada hizo eco en el corazón de aquel hombre, herido de muerte y oscurecido por el dolor de ver desaparecer de su lado al complemento de su vida y de su dicha. Hizo eco

e iluminó su espíritu, haciéndole pensar que si para aquella inocente niña existían esperanzas en ese mañana que temblorosos sus labios balbuceaban, para su conciencia de hombre debía existir la firme esperanza de ese otro mañana deslindado y hermoso en que mediante sus pruebas y dolores, pudiera colocar-

se al pié del sendero de la Inmortalidad, y continuar escalándolo poco a poco, alumbrado por la luz del poderoso e inextinguible faro de la espiritualidad.

SOFÍA

Sendónimo de la entusiasta e inteligente señorita Ana Rosa Chacón.

El amigo del tío Antolino

La paz de la tarde caía sobre el campo.

Desde el sitio donde me hallaba, podía oír los golpes de una hacha al caer sobre el tronco.

Es el tío Antolino,—pensé,—y en busca del anciano me fuí.

En el centro del vasto potrero se encontraba tendido el grueso tronco del roble que el tío Antolino reducía a astillas. Durante todo el verano lo había visto allí acostado, interrumpiendo la monotonía del extenso prado. Ya lo habían despojado de sus ramas y tenía su quietud algo que apenaba profundamente.

En las tardes, los tijos se posaban en hileras sobre el y desgarraban la tranquilidad de aquellos campos con su charla. No se por que me parecía que los negros pajarillos se burlaban del noble cadáver sobre el que detenían el vuelo, y yo corría hacia ellos para que huyesen.

Sobre el fondo luminoso del cielo se destacaba la pequeña silueta del tío Antolino, del dulce anciano que yo amaba tanto, y cuyo corazón era tierno y sencillo como el de un niño.

—Buenas tardes—tío Antolino—dije acomodándome en el otro extremo del tronco.

—Buenas se las de Dios, niña,—contestó quitándose el viejo sombrero de fieltro y dejando al descubierto su cabeza, aquella amable cabeza que siempre deseaba tomar entre mis manos y besarla llena de ternura. El viento jugaba con sus largos cabellos blancos. Apoyó sus manos en el mango del hacha, y quedóse pensativo. En su habitual sonrisa había un toque de tristeza.

—Está usted triste, tío Antolino? le pregunté.

No me contestó, pero su mirada se perdió entre los campos, con esa expresión que tienen los ojos cuando el pensamiento vuela hacia el país del recuerdo.

El hilo plateado de la luna nueva y la estrella de la tarde brillaban tímidamente hacia el ocaso, todavía iluminado por una luz que se sentía como si fuese de seda. Y del hilo plateado de la luna nueva y del temblor de la estrella de la tarde, descendía un encanto infinito.

Después de un rato el tío Antolino habló:

Este árbol, este roble que un

huracán arrancó en el último invierno, era mas viejo que mi padre... mucho mas... tal vez mas viejo que mi abuelo. El vió crecer a mi padre y a sus hermanos. El también nos vió crecer a mis hermanos y a mi. Como la quebrada corre cerca del lugar donde estaba, mi madre venía a lavar bajo el. Cuando eramos muy chiquillos nos íbamos a acompañarla y bajo su sombra jugábamos. Para el mas pequeño, ella colgaba de las ramas una hamaca y allí lo acostaba. Me parece verla cantando con su voz querida, para que Antonio se durmiera:

Arrurrú ñiñito
que tengo que hacer,
lavar tus pañales
sentarme a coser.

Y el viento movía las ramas y Antonio se dormía creyendo que eran los brazos de mamita quienes lo mecían.

Aquí veníamos también en las tardes a jugar, mientras ella nos cuidaba sentada en el corredor de la casa... allí, mire Ud. entonces era como ahora. Mamita desgranaba el maíz y hermana Silvia le ayudaba.

Hermana Silvia! Que linda era! Rubia como unas melcochas y con la cara fresca y rosada. Cuando reía se le hacían unos camanances que lo hacían a uno también sentir ganas de reír. No había mas hija mujer que ella pero hacía por cuatro. No se estaba nunca quieta: parecía un *guerroncito*. Cantaba desde que Dios amanecía. Yo traje para ella de la montaña un venadito vivo y una *chirrascuá*. Cuando íbamos al monte, me decía: Antolino traeme parásitas. *Cuidao con la cuenta* no me traes una guaria blanca! Pero nunca pude conseguir una mata!...

Silvia murió muy jovencita. Que triste quedó la casa!

Pues bien, mi hermana Silvia y mi madre desgranaban maíz: tío Félix tocaba en su acordeón y taticca pilaba café, bajo aquel palito de murta. Yo, mi hermano Félix *chiquillo* y Antonio, nos veníamos a jugar en el roble. Subíamos a sus ramas con la misma confianza que a las rodillas del abuelo cuando éramos muy pequeños. Entre las ramas jugábamos *escondido* en las noches de luna. Por cada agujero que dejaban las hojas se colaba un rayo y nosotros, al verlos tan largos, blancos y brillantes, cantábamos a gritos para que el eco respondiera: «son las canas de la vieja luna».

En los veranos se cubría de flores rosadas. Me habría gustado que lo hubiera visto, niña. Se ponía tan alegre con su vestido rosado que no se podía creer tuviese tantos años! Cuánto cantaban entonces los jilgueros entre sus ramas y que contenta se ponía Silvia! Quería mucho a los jilgueros, seguro porque eran cantadores como ellas. Mi padre al verlo así, decía riendo: —Miren el coqueto, parece una muchacha!—Por las mañanitas veníamos a cogerle ramos de flores rosadas y con ellas hacíamos coronas que colocábamos en las cabezas de Silvia y de las vacas. Había una ternerilla la cual siempre que la adornábamos así, se iba a dar saltos por el potrero.

Y el tío Antolino rió, como si viera todavía en el prado la gentil figura de su hermana Silvia y la juguetona de la ternerilla, con sus cabezas coronadas con las flores encendidas del roble.

El viejecillo continuó con voz triste:

—Bajo su sombra descansaban los bueyes y los carreteros fatigados... El silencio volvió a reinar en torno nuestro. En la hondonada el río se alejaba lleno de murmullos. La voz se levantó de nuevo, dolorosa y apagada:

—El abuelo, la madre, tática, hermana Silvia, tío Félix y Félix chiquillo murieron hace años. Solo quedábamos el roble, Antonio y yo... pero el también murió y ahora estoy haciendo *estillas* su tronco. Creo que hago mal, niña. A cada golpe de hacha, me parece que me dice:—«Ay Antolino! con que *sos vos*, quien me maltrata? ¿Te *olvidás* de que era hermano de tu abuelo y amigo de tu padre? Ellos me amaban...? Y *vos*? ¿seguro no *recordás* que cuando aun no *gateabas*, Juana María te colgaba de mis ramas y yo te mecía tan cuidadosamente como si fuera tu madre? Eres un mal viejo, Antolino».

Ya ni los bueyes, ni la esposa de Antonio, ni sus chiquillos, podrán librarse del sol bajo sus ramas, y los cansados carreteros en vano buscarán su sombra protectora. Los jilgueros que tanto amaba Silvia han ido a anidar en otros árboles. Ya nunca mas cuando vuelva por la cuesta verá sus ramas altas hacerme señas amistosas y nunca mas por las tardes, cuando nos sentemos en el corredor de la casilla, miraremos su figura familiar, inclinarse hacia acá, cuando sople el viento de la montaña. Los chiquillos de Antonio no tendrán sus ramas para jugar y no podrán cantar como nosotros, cuando veíamos los rayos de la luna meterse por los agujeros: «Son las canas de la vieja luna».

La voz del tío Antolino era temblorosa. Había apoyado sus manos

en el mango del hacha que descansaba en el tronco y tenía la cabeza inclinada hacia su viejo amigo. La brisa jugaba cariñosamente con las largas y blancas guedejas de su cabello. Sobre el cielo de un celeste verdoso comenzaban a brillar las estrellas, con el mismo temblor con que lucen muy de mañana, las gotas de rocío sobre la hierba de los prados. Por entre la quietud de la tarde, la música mística de las campanas iba dejando una estela de melancolía. Los árboles casi inmóviles tenían una apariencia solemne: dijérase que oraban, ungidos por la dulce paz que caía del cielo estrellado y en la cual las campanas de la tarde ponían su nota melancólica que a mi se me antojaba parecida a la que la luna deja caer sobre los campos.

Yo pienso que si pudiésemos oír la música de la luz de la luna, nos parecería muy semejante a la música de las campanas de la tarde.

Yo tenía lágrimas en los ojos y a través de ellas creía ver que de cada estrella salía un hilo de luz que venía flotando hasta la tierra.

En mi delantal recogí un montón de las astillas del roble y las llevé a la casa. Ellas fueron las que en esa noche alimentaron el fuego del hogar. Mientras cenábamos y las llamas se agitaban silenciosamente, amigablemente, yo observaba al tío Antolino, sentado en su rincón favorito. Como siempre, sonreía, pero su sonrisa era dolorosa. El fuego ponía oro en sus cabellos blancos. Que suavemente pasaban los reflejos de las llamas sobre su frente: dijérase que la acariciaban!

Yo vi como sus ojos no se sepa-

raban de las llamas que consumían el tronco de su viejo amigo!

Y cuántas dulces añoranzas le sugerían aquellas llamas azuladas que se agitaban silenciosamente, amigablemente sobre los leños!

De los cantos de la madre cuando el viento mecía la cuna improvisada entre las robustas ramas; de la linda hermana Silvia con sus ru-

bios cabellos coronados de flores rosadas y que le sonreía a través de los tiempos con sus camanauces graciosos en las mejillas; del buen padre, del tío Félix y la música suave de su acordeón y de su hermano Félix *chiquillo*, tan travieso y tan molesto, pero también tan amado!

CARMEN LIRA

SUMARIO del número próximo

Elena de Montenegro	<i>Sofía Bisi Albini</i>
La débil voz	<i>Clementina Laura Maiocchi</i>
Cuento	<i>Paula Bianchetti Drigo</i>
El eterno error	<i>Adelaida Bernardini Capirana</i>
El retorno	<i>Clarice Tartujari</i>
Consejo	<i>Amalia Guglielminetti</i>
El granuja	<i>Ada Negri</i>
La vía desconocida	<i>Melina Pastorelli</i>
Otoño	<i>Raquel Botti Binda</i>
Mas allá del misterio. — III.	<i>Maria Plattis</i>

Cordelia

sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; toda suscripción empieza con el primer número. El suscriptor que consiga dos nuevos suscritores recibirá de regalo una obra nacional. Dirigirse, para todo lo concerniente a suscripciones, al Director, en Heredia.